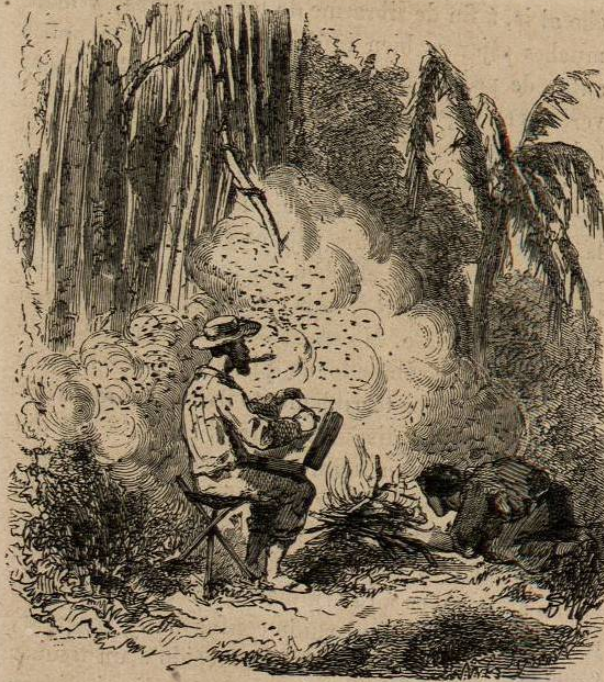
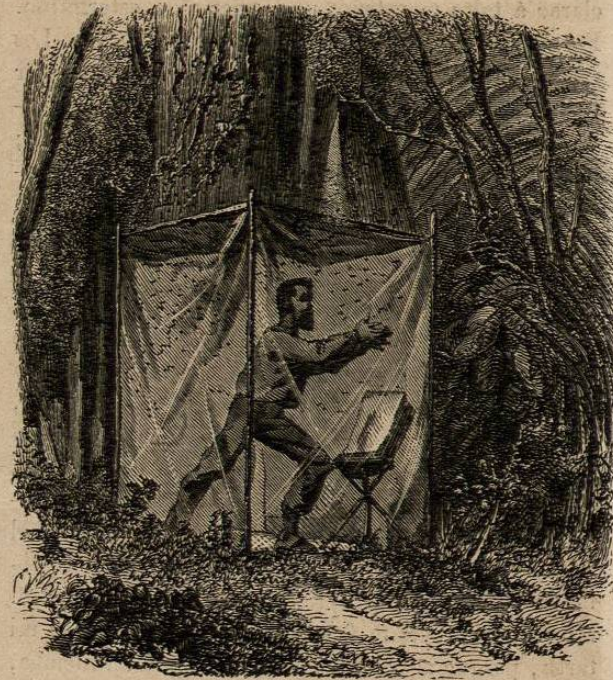


baile que hubiera escandalizado en todas partes á la policia; y cuando en una choza se habia bailado, bebido y ahullado en debida forma, la turba pasaba á otra para repetir las mismas santas ceremonias.

Pruebas dí de estremo valor, porque en una de aquellas chozas bebí una calabaza llena de *caieba*: rasgo de urbanidad inspirado por el único deseo de popularizarme y atrapar mas tarde algun modelo que retratar. No obstante, no desconocia el modo de pre-



Modo de alejar los mosquitos.



El mosquitero.

ticular. Fui á sentarme en frente de él, y me regocijé al comprender que me hacia el objeto de sus improvisaciones, cuyo estribillo era el siguiente:

«*So Bia au sertose vai á matar passarinhos, vai á matar sucuruhyus.*—Mr. Biard en el bosque desierto vá á matar pajaritos, vá á matar serpientes.» Los oyentes estaban admirados al verme acoger á cargadas esta cancion en mi honor.

Poco despues llegó el momento esperado por todos con impaciencia: presentáronse dos importantes personajes, los mas altos dignatarios. Era el primero un indio de elevada estatura, vestido con un casacon blanco que parecia desde lejos la sobrepelliz de un sacristan, y llevaba en la mano un paraguas encarnado con flores amarillas; en la otra mano sostenia una urna pendiente de un antiguo chal de franjas dispuesto á manera de banda. En la urna se veia la imagen de San Benito, á quien no sé por qué causa pintan negro. Aquella urna que contenia flores, estaba además destinada á recoger las ofrendas. El segun-

do personaje, digno de formar parte del antiguo ejército de Soluque, llevaba un uniforme militar de percal azul celeste, con cuello y adornos tambien de percal, que imitaba el damasco encarnado; debajo del cuello pendian unas charreteras echadas hácia atrás, como las del general Lafayette. Además, nuestro hombre ostentaba un sombrero tricornio fenomenal por su longitud y altura, terminado con un plumero que en otro tiempo habia sido verde, y cuya escarapela consistia en un tarjeton en cuyo centro se exhibian á la admiracion general tres cerezas del mas hermoso color de bermellon. Este personaje tiene el título de capitán; mas, para merecer desempeñar tal papel es preciso tener unas corvas muy superiores en fuerza á las de todos los demás, porque el capitán no debe suspender el baile durante toda la ceremonia. Abrió, pues, la marcha bailando y agitando un baston de tambor mayor que empuñaba perpendicularmente con exquisita delicadeza, cual si fuese un cirio. El que llevaba el santo le seguia con el paraguas abier-

to á manera de dosel, y detrás iban los músicos en dos filas. Los instrumentos de música, los tambores y las viejas devotas que bailaban tan descocadamente como ya he dicho, completaban el abigarrado grupo. De trecho en trecho se veian algunas lindas jóvenes que dirigian furtivas miradas detrás de ventanas y puertas. La comitiva se detenia delante de la choza de cada uno de los convidados al banquete. El capitán, sin dejar de bailar un solo momento, entra-

ba y daba la vuelta por dentro de las habitaciones. La música seguia su camino; la caterva ahullaba á mas y mejor, y luego se repartian invitaciones para repetir la misma ceremonia, hasta que al fin ésta se celebraba, ya en tierra, ya en una canoa á la que saltaba el capitán sin perder un ápice de su ardor coreográfico. La multitud entró por último en la iglesia, en la que los adornistas del lugar habian colocado sendas palmas; por lo que respecta á lámparas,



Un indio muerto y su madre.

unas calabazas llenas de aceite desempeñaban perfectamente las funciones de tales. Por temor á las arañas y á otros insectos repugnantes, habíase cubierto prudentemente la mesa dispuesta delante del altar con paños cosidos unos á otros, y al llegar la noche se encerró á San Benito en su capilla, despues de llevarse con plausible prevision todas las ofrendas. Aquel fue el momento de nuestra partida.

La fiesta que acabo de describir me habia complacido mucho como asunto para un cuadro, y pronto tuve motivo para celebrar aun mas otra buena fortuna. Los indios habian hecho grandes talas en el bosque, y llegó el momento en que el fuego debia poner término á la obra inaugurada por el hacha. Para esta operacion se escogió un dia muy caloroso, en que soplaban un viento del Este, y á la hora con-

venida todos los criados de la casa y otros muchos indios, atraidos por la cachassa que en tales casos se distribuye con profusion, se reunieron provistos de teas encendidas. Escogí un sitio oportuno y me dispuse á pintar. Montones de añosos troncos de árboles, de ramas y hojas secas por el sol durante seis meses, ardieron en todas direcciones, avivando las teas el incendio en los sitios en que no era bastante rápido. Aquellos hombres rojos y negros que se agitaban y corrian en medio de torbellinos de humo, parecian verdaderamente espíritus infernales. Las llamas subian serpenteando con espantoso fragor hasta las copas de los árboles á que no habia podido alcanzar el hacha, y que, rodeados de fuego, parecian gigantes antorchas. Yo no sabia por dónde comenzar mi tarea, á causa de la rapidez y la impetuosidad con



que chocaban, se sucedían y mezclaban los torbellinos de humo y llamas... Hubo un momento en que, cambiando el viento súbitamente de dirección, me ví envuelto en una nube de chispas, teniendo apenas tiempo suficiente para huir con mi caja de colores y mi papel, pero abandonando el sombrero y la silla de campo. Volví poco después, y entonces, cómodamente sentado sobre el pico de un peñasco, contemplé sin peligro un espectáculo sorprendente. Muchos árboles que aun se mantenían derechos esperaban únicamente una ráfaga de viento para venir al suelo, porque el fuego devoraba su pie. Medio cerraba los ojos, siguiendo los ya lentos progresos del fuego, y solo los abría cuando el árbol perdía su punto de apoyo. Levantábanse entonces inmensas nubes de ceniza; y al estruendo de la caída, que resonaba á largas distancias, respondían los penetrantes gritos de los gatos monteses y los monos que huían aterrados de aquellos lugares que se sustraían para siempre á su secular dominio.

Excursion en los bosques.—El coati.—En el río.—El sucuruhyu.

Atrévime un día á penetrar aun mas en el interior del bosque, hácia el lado de *Río Doce* y de los *Botucudos*. Un ingeniero joven, encargado de ciertos trabajos facultativos, viajaba en mi compañía. Conociendo de antemano que no escasearían las dificultades, tomé las precauciones que me parecieron mas convenientes, y dos días enteros marchamos por entre los bosques, pero por caminos algo trazados. Al ir desde Victoria á Santa Cruz me ví precisado muchas veces á meterme en el agua, pero ahora me hallaba hundido en el barro, y en mas de una ocasión nuestros caballos se vieron en peligro de quedar clavados en él, pues les llegaba á la barriga. No obstante, cuanto mas adelantábamos tanto mas admirables me parecían los árboles y la vegetación en general. Pasábamos por espacios desembarazados en los que cada árbol estaba cubierto de flores, y de tiempo en tiempo me apeaba para matar algunos pájaros.

La primera noche nos acostamos en una barraca construida casi como las casetas de los guardas de camino, y á pesar de los habituales inconvenientes de tales viviendas, dormí agradablemente al rumor de una cascada. La segunda noche llegamos á una choza perteneciente á mi huésped, donde vivían con Manuel, el *feitór*, muchos indios que buscaban madera de palisandro, la que, cortada en vigas era conducida por bueyes hasta un arroyo que por lo bajo de sus aguas interceptaba á la sazón las naturales comunicaciones con Santa Cruz. Acostéme sobre unas tablas, y los indios creyeron oportuno agregar al calor de la atmósfera el de una gran hoguera, alrededor de la cual se acostaron. Yo me ahogaba por momentos, y tuve horribles pesadillas.

Al rayar el día partimos y entramos en unos bosques aun mas impracticables que los inmediatos á mi habitación ordinaria. Cada uno de nosotros, armado con un largo sable llamado *machete*, hendía y rajaba á diestra y siniestra, pero las arañas que en gran número desalojábamos se asían fuertemente por todas partes á nosotros, y algunas veces las tenía por docenas en el cuerpo y la cara.

Cuanto mas caminábamos mas difícil nos era avanzar. Los brazos se fatigaban de tanto cortar. Nos hallábamos en medio de un bosque de bambús tan espesos que rasgaban nuestros trajes al atravesarlos. Marchábamos sobre los innumerables tallos que cubrían el suelo hasta una gran altura, y el conjunto estaba mezclado con anchas hojas erizadas de espinas.

Así llegamos á la orilla de un río anónimo que corría á gran profundidad bajo nuestros pies, siendo necesario para llegar hasta él apoyarse en los árboles que lo ocultaban, con frecuente peligro de descalabrarse ó magullarse un miembro en caso de faltar el punto de apoyo. Yo había tomado mi partido para evitar las contusiones. Todos estábamos rendidos de cansancio, y fuimos á sentarnos en pleno sol sobre un montecillo de arena para descansar y desayunarnos. Como mi huésped tenía gran interés en guardar atenciones al ingeniero, había sabido encontrar en un rincón de su choza algunas buenas provisiones de que yo no tenía el menor conocimiento.

Decidióse en aquel alto que hicimos que no pudiendo volverse al bosque, se procuraría subir por el río. Por lo pronto, el agua no me llegó sino hasta los riñones; pero al cabo de algún tiempo fueme forzoso dejar hasta mi último vestido, formar un lio con él y colocarlo sobre la escopeta, atravesada sobre mis hombros. Esto no era á fe mía, viajar con comodidad, tanto mas cuanto que fue preciso hacer lo mismo con mis restantes instrumentos de caza, que me arrepentía de haber llevado conmigo. Dejé, pues, ir delante de mí á mis compañeros, y algunas veces, cuando el agua no me pasaba del cuello, levantaba los brazos y sacaba con presteza un dibujo, sintiendo no tener detrás de mí otro camarada que me dibujase visto de espalda, pues mi actitud con los brazos en alto, con mis vestidos y mi escopeta al cuello, y con muy pequeña parte del cuerpo fuera del agua, debía ser muy pintoresca.

Después de caminar algunas horas metidos en el agua, encontramos unos troncos rotos y multitud de piedras que habían bajo de la montaña. Fue forzoso volver á entrar en el bosque; y como las aguas en la época de las crecidas empapan la tierra por mucho tiempo, al meter los pies en un terreno que nos parecía sólido, nos esponíamos á hundirnos hasta medio cuerpo, teniendo á dicha encontrar algunos de

esos angostos senderos que practican los tapiros para ir á beber al río. En aquellos bosques impracticables apenas podíamos hacer uso de nuestros machetes, y como yo había simplificado todo lo posible mi vestido, tenía el cuerpo lleno de rasguños. Por esta razón, así que los obstáculos que nos retenían fuera del río quedaban vencidos, semejantes á una bandada de ánades nos arrojábamos al agua, en la que por lo menos podíamos marchar cómodamente mientras no nos llegaba hasta el labio inferior.

Una vez en el bosque, el indio que me precedía me detuvo alargándome la mano, cosa que yo iba á hacer por mí mismo, porque un inmenso tronco obstruía el paso. Aquel hombre no tenía que preservar del agua sino su escopeta, la que no había abandonado, limitándose á levantarla de tiempo en tiempo para que no se le mojase. De improviso apuntó á un objeto que yo no veía, y disparó á quema-ropa sobre el tronco que me disponía á salvar; pero lo que de allí salió me hizo retroceder un paso y caer de espaldas en medio de un matorral de espinas. El dolor me obligó á levantarme con tanta mayor presteza cuanto que me hallaba en presencia de la famosa serpiente sucuruhyu, mortalmente herida por la descarga del indio. Aquel monstruo, que parecía tener 10 pies de largo, destrozaba con su cola todo lo que le salía al paso, y levantando colérico su descomunal cabeza, hacia esfuerzos terribles para avalanzarse sobre nosotros, pero en vano porque tenía rota la columna vertebral. Recuerdo, como si el hecho que refiero hubiese ocurrido ayer, el efecto que produjo en mi ánimo aquella boca entreabierta que dejaba ver dos enormes dientes venenosos, cuya mas ligera mordedura nos hubiera ocasionado instantáneamente la muerte. Por espacio de media hora estubo luchando con su agonía. Los indios querían rematarla, pero me opuse á ello, pues proyectaba llevármela sin deteriorarla, puesto que la herida no la había estropeado mucho. La ví irse debilitando insensiblemente por sí misma, y cuando ya no hizo movimiento alguno corté una gruesa liana, porque era inútil prometerse que los indios me ayudasen; me acerqué á ella con precaución, le toqué en la cabeza con una rama, y después de cerciorarme de que estaba muerta, le até la liana al cuello. Los indios me miraban sin proferir palabra. Luego arrastré largo tiempo al monstruo, lo cual no fue cosa fácil, porque me fatigaban no poco los diferentes objetos que llevaba á la espalda, y además el peso de la serpiente era grande. No obstante, el indio que la había muerto me ofreció ayudarme, oferta que me complació sobremanera porque no sé si hubieran bastado mis fuerzas para continuar el camino. Al llegar la noche, los indios, dotados del instinto que distingue á la fiera, nos guiaban trazando nuestra senda. Muchas veces oíamos huir seres quer

no podíamos ver, y los perros se agrupaban en nuestro derredor. Por todas partes se veían objetos propios para producir espanto, mientras aquí y allí cruzaban la atmósfera unos resplandores parecidos á los fuegos fátuos que estravian á los viajeros. Deseando conocer la causa á que eran debidos, apliqué la mano á unos troncos podridos y obtuve algunas partículas luminosas á manera de gusanos resplandecientes. Poco después, cuando quise ver el efecto, el fósforo había desaparecido.

Continuaba tirando de mi serpiente, unas veces solo, otras ayudado por el indio; pero cuando nuestros guías advirtieron que estábamos á corta distancia de una choza, me pidieron dejase allí mi presa para no atraer, según decían, á otros individuos de la misma especie que acostumbran seguir los vestigios de la sangre. Accedí á su petición; pero al día siguiente al amanecer, armado con mi escalpo y cuchillo, emprendí con brío la operación que había proyectado, atando á una alta rama el sucuruhyu, después de cortarle la cabeza que metí inmediatamente en un gran frasco lleno de espíritu de vino. No bien comprendieron los indios lo que me proponía hacer, huyeron á esconderse en el bosque, y durante todo el tiempo que empleé en arrancar la piel de la serpiente, ví detrás de los troncos sus ojos asombrados. Al terminar mi trabajo, todos volvieron á la choza; pero á pesar de la seguridad con que les declaraba que ningún dardo había encontrado en la cola de la serpiente, ninguno quiso dar crédito á mi aseveración.

Retrato de un indio muerto.—Insolencia de mi huésped.—Abandono su casa y voy á vivir solo en medio de los bosques.—Una choza desierta.—Coloquio con algunos indios.—Mi establecimiento en la soledad.

Acercábame sin saberlo al momento en que iba á dejar de servirme de albergue la inhospitalaria casa del señor X...

Algunos días después de la excursion que acabo de describir, trajeron tendido en una hamaca á un indio moribundo: era el bizarro muchacho que después de matar la serpiente me había ayudado á arrastrarla: el infeliz murió al día siguiente. Al levantarme supe que se había dado aviso á sus padres del triste caso, y que pronto se llevarían el cadáver. Ocurrióme desde luego que, puesto que no había podido pintar indios vivos, no debía desperdiciar aquella ocasión para pintar á uno muerto. Fui pues al reducido habitáculo donde el indio estaba tendido sobre una miserable estera, su lecho habitual, con las manos enlazadas, el tronco cubierto con una pobre blusa azul, y los muslos y las piernas desnudos. A su lado se hallaba la cocina, y sus camaradas, á quienes veía por entre los intersticios del



tabique del que habia caido la tierra que adorna las chozas, hablaban y reian delante de una hoguera en la que hacian cocer algunos pescados. Al lado del difunto estaba sentada su madre, la vieja Rosa, que murmuraba en voz baja cantos fúnebres, alejando las moscas del rostro de su hijo, cuyos ojos abria de tiempo en tiempo, ó interrumpiendo sus cantos para engullirse un pescado de los que iba á buscar á la cocina. Yo habia dicho al prepararme á poner mano á este estudio, que me retiraria asi que viese venir á los parientes invitados; pero me causó extraordinaria sorpresa que la madre, no solo no manifestase el mas ligero disgusto al ver que emprendia mi trabajo, sino que me ayudase á arreglar diferentes objetos que me eran necesarios. No perdí el tiempo, y tenia casi terminado el boceto cuando oí esclamar: «¡Aquí están los indios!» En aquel momento, mi huésped, entrando atropelladamente en mi tugurio, me dijo con un tono mas que medianamente grosero: ¡Vamos, conclud pronto! Respondíle amostazado que, puesto que la madre no oponia la menor objecion á lo que hacia, no hallaba razon alguna para que unos parientes lejanos se mostrasen mas quisquillosos. Salió mi huésped, y le oí decir en alta voz, paseándose de arriba abajo: «Que termine su obra, y ya veremos si vuelve á emprender otra. ¿Cree acaso que por él voy á indisponerme con los indios?»

Lo confieso ingenuamente: soy intratable cuando alguno me interrumpe en mi trabajo. No se necesitaba tanto, por lo demás, para que esta vez se desbordase mi cólera, durante tanto tiempo reprimida. Recogí aceleradamente todo lo que habia llevado cerca del difunto, y pasé sin despegar mis labios al lado de aquel hombre que tantas molestias me habia causado, jurando no vivir un dia mas bajo su techo, aunque me fuese preciso morir abandonado de todos en lo mas recóndito del bosque.

Entré, pues, en mi cuarto, encerré en mis cofres todo lo que me pertenecia, guardéme las llaves en el bolsillo y me alejé para no volver mas.

Pero ¿á dónde ir? ¿Qué otro alojamiento buscar? Tales cuestiones eran muy secundarias para mí en aquel momento. El hambre, la sed, el cansancio, los peligros, todo estaba resuelto á arrostrarlo á trueque de no sufrir mas aquella bochornosa hospitalidad. Pero mientras andaba á largos pasos á la ventura, mi estómago me hizo saber de un modo bastante significativo que no estaba satisfecho. Por fortuna, durante mi caza del dia anterior habia cogido unas veinte guayabas que comí sentado á la orilla de un torrente. Despues de esta frugal comida y un tanto aplacada mi cólera, púseme en camino, no sin hacer algunas reflexiones asaz tristes acerca de la crítica situacion en que me encontraba. Durante muchas horas seguí senderos invadidos por las yerbas altas;

la noche se acercaba, y escuchaba ya gritos que me eran harto conocidos; me sentia abrumado de cansancio, y el hambre empezaba á aguijonearme de nuevo. La vehemente escitacion que hasta entonces me habia sostenido estaba ya apaciguada, y veia que sino salia pronto del bosque me seria forzoso acostarme en el suelo, lo cual nada tenia de tranquilizador. Redoblando mis esfuerzos llegué al fin á un gran espacio descubierto, donde muchos árboles parcialmente quemados yacian tendidos en todas direcciones, y donde ya brotaban nuevas plantas; habíase intentado construir allí una choza en la que la luz entraba por todas partes, como en una jaula. Al penetrar en ella hice huir á muchos animales, pero no los ví. Siendo profunda la oscuridad, me acurrugué en el rincón mas abrigado, y á pesar del hambre que me atormentaba me quedé profundamente dormido, no habiendo despertado hasta el amanecer, al sentir que un murciélago me golpeaba la cara con sus alas. Levantéme presurosamente para cogerlo, pues hacia falta en mis colecciones; pero no logré mi intento.

Si el dia antes hubiera procedido menos impetuosamente, habria por lo menos tomado la direccion de los lugares que ya habia explorado; pero obedecí únicamente al deseo de no volver á encontrar á mi insoportable huésped. En aquel momento ya me era indiferente ir hácia un lado ú otro. Despues de andar algun tiempo descubrí varios árboles cargados de guayabas, con los cuales hice una abundante comida, y por precaucion llené de ellas mis bolsillos, continuando luego mis investigaciones, hasta que al fin oí algunos ladridos. Dirigíme al sitio de donde salian y llegué á una choza, viéndome acometido por una docena de perros ariscos, pero tan cobardes que al primer movimiento que hice huieron ladrando terriblemente. Entré entonces en la choza, mas á nadie encontré en ella, aunque sus moradores no podian estar muy lejos, puesto que veia asarse lentamente sobre las calientes cenizas algunos de esos grandes bananos que pocas veces se comen crudos. Sentéme tranquilamente, y media hora despues los perros volvieron á ladrar, entrando á poco dos hombres armados de escopetas con tres mujeres, una de las cuales era muy vieja. Gran fortuna fue para mí que aquellos indios hablaran algo el portugués, y los saludé con la mayor afabilidad posible. Luego, recordando haber oido decir que un viejo europeo habitaba hácia aquella parte, les pregunté si lo conocian, pero no me entendieron. ¿Consistia esto en mí ó en ellos? Lo ignoro. Los dos hombres se consultaron. Entretanto, las mujeres, confiando en sus defensores, atizaron el fuego, volvieron del otro lado los bananos, pusieron dos de los mas hermosos sobre una hoja de yuca, y una de ellas vino á ofrecérmelos. Los hombres, por su parte, arrimaron á la pared sus escope-



Una soirée en el bosque virgen.